



Referentes...

Solo se vive una vez: Henri Toulouse-Lautrec

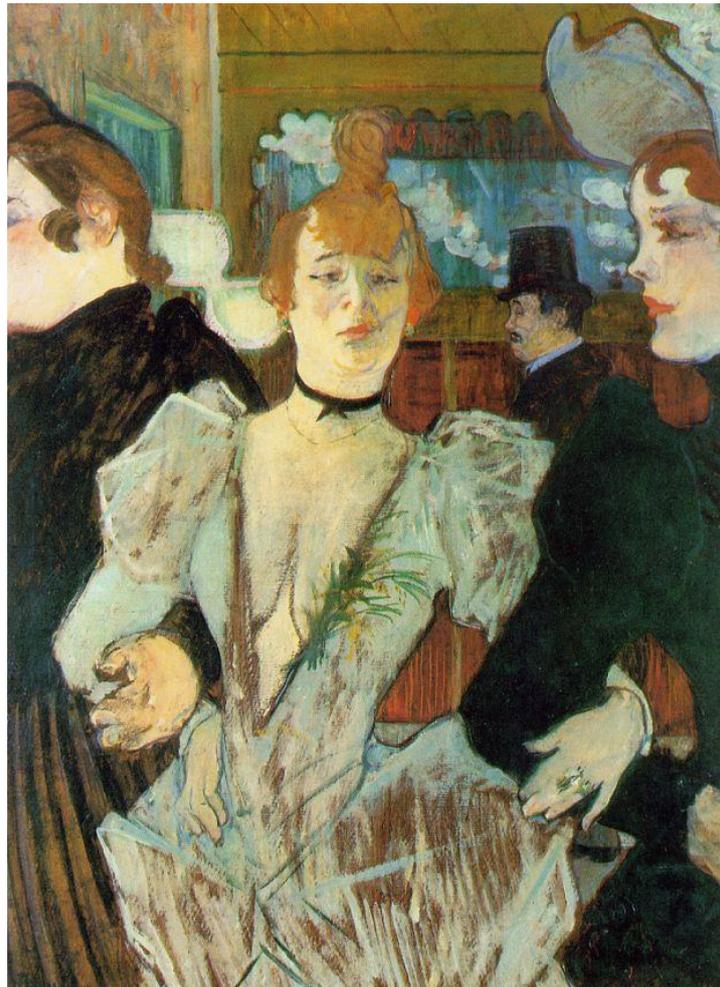
Por Danilo Rúa Espinosa

La bohemia parisina del siglo XIX tiene nombre propio y se llama Henri Toulouse-Lautrec. *La Goulue llegando al Moulin Rouge* (1892) es una prueba fidedigna de ello, allí vemos a una de las prostitutas más afamadas del bar Moulin Rouge arduamente frecuentado por el artista y que inspiró miles de las escenas que percibimos en su obra. En esta obra el artista retrata sin pena alguna la esencia de aquellos lugares en donde el jolgorio y alegría de la fiesta que se respira en la zona de baile se junta con la miseria y vacío de los cuartos tras las cortinas en donde las mujeres disponen su cuerpo para el disfrute y el placer de los hombres que, como Lautrec, encuentran su sentido en esa vida libre, desprevenida y lasciva. Nacido en Albi en Francia en 1864, originario de una familia aristocrática, por cuyo parentesco de sus padres (primos consanguíneos) heredaría una enfermedad en los huesos que se complicaría con dos accidentes en las que se fracturaría el fémur en ambas piernas impidiéndole crecer normalmente y alcanzar una estatura de 1,52 metros; el artista sintió más acogida en los bares de las calles de Montmartre que en la alta sociedad del Castillo del Albi.

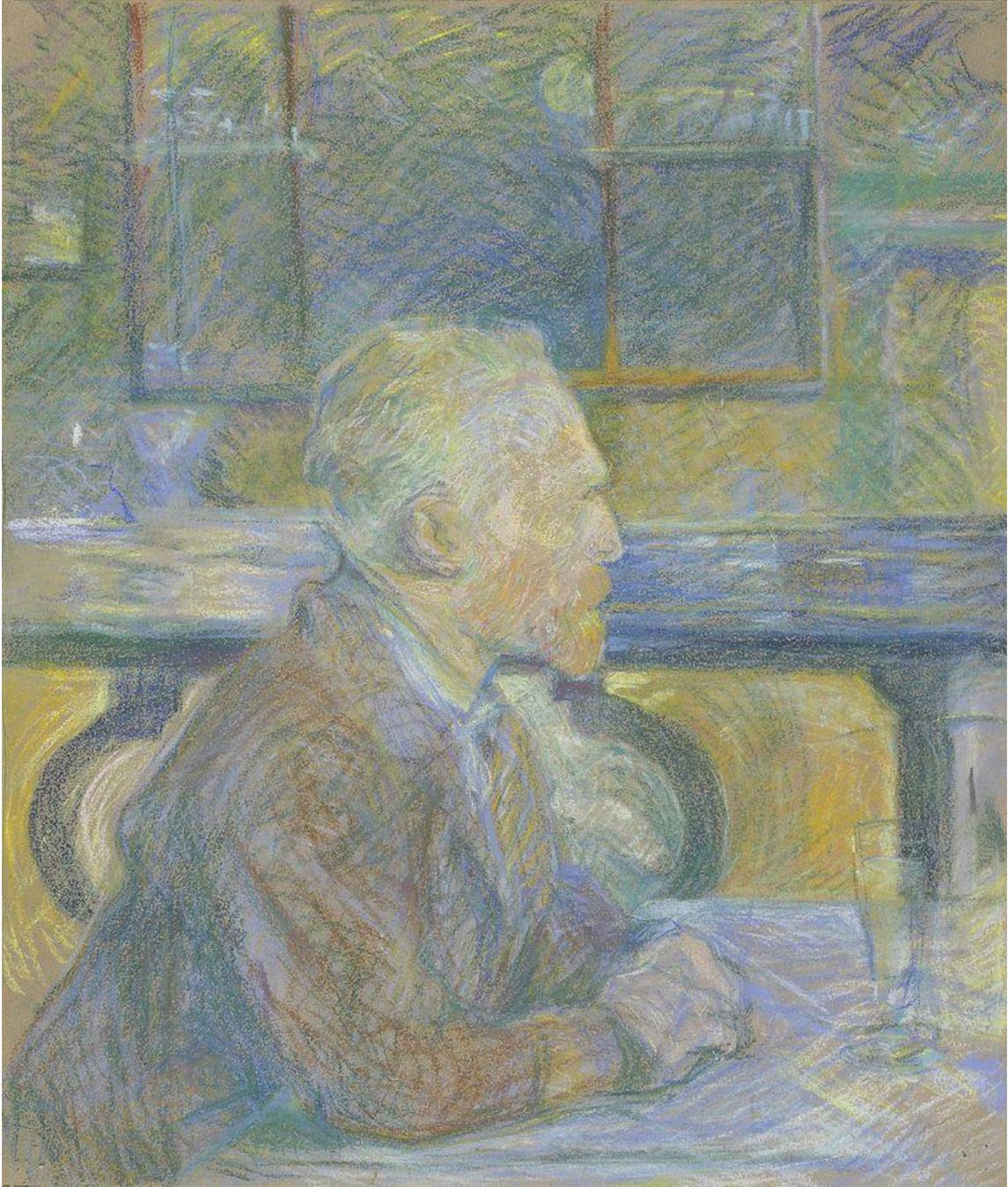
La escena nocturna, la absenta y las mujeres se convirtió en el mundo del pintor, dibujante y cartelista, quien con su forma desenfadada de ser y su particular manera de retratar aquella vida se ganó el respeto, fama y admiración de sus allegados y colegas. De una pincelada rápida, con trazo libre y una fuerte influencia compositiva de la estampa japonesa, su obra se percibe como una expresión auténtica y única y se hace difícil de encasillar en alguna corriente específica; aún más, sabiendo que el artista no gustaba del impresionismo movimiento de la época. Es así como su obra oscila entre un neo impresionismo o expresionismo sin que se tenga en sí una vanguardia establecida. Ese trazo rápido es el que podemos apreciar en el *Retrato de Vincent van Gogh* (1887), un dibujo en pastel sobre cartón que nos presenta al artista de perfil y que hace visible el carácter fluido de su trazo que permite capturar la fugacidad de la vida representada en el instante efímero, ocioso y fugaz de los cafés frecuentados por diversos artistas como Princeteau, John Lewis Brown y Jean-Louis Forain, Edgar Degas.

Este último, fue uno de los pocos impresionistas con los que Lautrec simpatizaba solo por el hecho que compartían un gusto especial por las mujeres tanto en sus obras como en su vida; aunque de manera diametralmente opuesta pues mientras que el uno accedía a través de sus pinturas y dibujos debido a su timidez, el otro lo hacía no solo en sus cuadros sino también en sus carnes, llegando a ser este acceso la causa de su muerte; pues fue gracias

a la sífilis que contrajo en alguna de sus noches de putas y pintura y a su pasión por el alcohol que a sus treinta y seis años de edad este pintor moriría en su cama al borde de la locura. Empero, fue el abandono en esa ‘vida loca’ lo que le permitió al artista vivir en libertad y traernos esa libertad a través de sus pinturas y carteles. *Baile en el Moulin Rouge* (1890) es una fiel muestra de aquel mundo bohemio donde confluyen infinitas posibilidades de existir en la misteriosa ambigüedad de la alegría y la tristeza que se encierra en el espacio de las libertades de ser. Frente a esta ambigüedad, la obra de Henri Toulouse-Lautrec se nos pone como espejo para confrontarnos con la única realidad de que solo se vive una vez y que podemos con plena libertad elegir cómo queremos dibujar la escena de nuestra propia existencia.



La Goulue llegando al Moulin Rouge. (1892). Óleo sobre cartón. 79,4 x 59 cm. MOMA, Nueva York.



Retrato de Vincent van Gogh. (1887). Pastel sobre cartón, Museo Van Gogh.



Baile en el Moulin Rouge. (1890). Óleo sobre lienzo. 115 x 150 cm. Museo de Arte de Filadelfia.